

LA TIENDA DE PALABRAS

Jesús Marchamalo

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Prólogo	13
uno	17
dos	40
tres	67
cuatro	91
cinco	116
seis	143
siete	168
ocho	195
nueve	220
Apostillas a <i>La tienda de palabras</i>	236

216.000 palabras *al día*.

ELIAS CANETTI

A Julio, y a Manés. Y a Andrés.

Veinte años no es nada

La tienda de palabras cumple veinte años, ¡felicidades! Quién nos iba a decir cuando lo publicamos entonces —cubierta amarilla y aquellas llamativas letras recortadas— que dos décadas más tarde lo celebraríamos con esta nueva edición. Porque no hay mejor noticia para un libro que celebrar su aniversario con una nueva vida y la posibilidad de tener nuevos lectores.

Y lo primero que se me viene a la cabeza es un sentimiento de gratitud. A los miles de lectores que, a lo largo de todo este tiempo, se han acercado a sus páginas; a las maestras y profesores que lo han utilizado en sus clases, y a los librereros —y librerías— que lo han recomendado con entusiasmo, me consta, y lo han mantenido vivo en los estantes y en las mesas de novedades de sus librerías. ¡A todos, gracias!

La tienda de palabras es, entre mis libros, uno de los más queridos y, con diferencia, el más exitoso. Y es una fortuna poder reeditarlo en la misma editorial que hace veinte años creyó en él cuando no era más que un proyecto. Así, me gustaría también expresar mi agradecimiento a la editorial Siruela, y a todos los que trabajan y han trabajado allí, por su confianza.

Respecto de esta nueva edición, empezaré confesando que siempre es un riesgo releerse, máxime cuando ha pasado tanto tiempo. Es difícil evitar cierta aprensión a la hora de encontrarse con ese escritor que uno era y comprobar si todavía se reconoce en él.

Pero ha sido un miedo injustificado. Reconozco que he entrado con gusto a esta tienda de singularidades, travesuras y tropiezos lingüísticos, con la curiosa sensación de no ser yo el autor sino un lector más.

Mi idea, por un compromiso de lealtad hacia el libro, ha sido desde el principio hacer los mínimos cambios posibles. Corregir eventuales errores, añadir tildes o quitarlas —todos mis añorados «sólos» han sido convertidos en «solos» para adecuarlos a las nuevas normas ortográficas—, y eliminar o cambiar alguna palabra (creo que han sido cinco o seis) que resultaba reiterativa.

He añadido tres besos, eso sí, que he echado en falta en la lectura. Los protagonistas, Carlos y Ana, apenas se besaban en el libro y he pensado que aunque el tiempo no pasa para los personajes literarios, veinte años son más que suficientes para haberse ganado, al menos, ese gesto de familiaridad y cariño.

Por lo demás, admito haber disfrutado con esta historia de conspiraciones y palabras desaparecidas donde lo que menos importa es, precisamente, la trama. Creo que lo reseñable de este libro es el descubrimiento de las palabras y su capacidad no solo para el juego y la aventura, sino también para nombrar y descubrir el mundo; la certeza de que nuestros sueños, deseos, nuestras más secretas e inexpresadas aspiraciones, se idean y se construyen con palabras. Así, cada palabra es un hallazgo que, de algún modo secreto, nos explica.

Felicidades, pues, por estos veinte años que celebramos, y por otros veinte que, ojalá, ahora comiencen a contar.

Y eso que veinte años no es nada. Como se sabe.
¡Ay!

JESÚS MARCHAMALO
Madrid, mayo de 2019

uno

Todo comenzó un par de meses atrás, cuando la ceremonia de la primavera no era más que una promesa lejana e infundada. Comenzó el día en que apareció en el buzón un papel —marrón, de tacto un poco basto— doblado en dos, con unas letras recortadas, como en las películas de espías, donde se leía:

MURGIFLAR

Y debajo, escrito a mano, con letra picuda y cuidadosa, de estudiante aplicado, algo que perfectamente podría haber sido una definición:

*DÍCESE DEL SONIDO GUTURAL QUE PRODUCE
EL MONSTRUO RANTAS CUANDO SE ENFRENTA
A ALGUNA SITUACIÓN DE PELIGRO.*

Huelga decir que no había oído la palabra en mi vida, y que en el diccionario tampoco aparecía. En el papel figuraba también una dirección, en el reverso, estampada con un tampón de color azul. Y, más abajo, escrito también a mano, un reclamo:

RECIBIRÁ UN OBSEQUIO CON LA PRESENTACIÓN
DE ESTE FOLLETO.

Así que me pudo la curiosidad.

La tienda estaba casi en la esquina de la plaza, no muy lejos de casa. Justo entre la floristería y un bar con fluorescentes blancos que empapaba la calle con un olor acre y viscoso: tortilla, cerveza de barril y calamares. Uno de esos olores penetrantes que despiertan a medias los jugos gástricos, a medias una incómoda sensación de vómito. Debía de haber pasado por delante al menos una o dos veces por semana en los últimos cinco o seis años de mi vida porque me pillaba de paso, camino del metro. Y, sin embargo, nunca había reparado en ella.

Tenía la fachada bastante vieja —de hecho parecía sacada de uno de esos grabados de principios de siglo, moteados de manchas de humedad—, una luna opaca por el polvo y las salpicaduras de los coches, y un rótulo desvaído pintado en letras amarillas.

COMPRA-VENTA
PALABRAS USADAS,
ANTIGUAS, CURIOSAS

¿Una tienda de palabras? Eso era lo que ponía. Me paré un momento frente al escaparate intentando ver disimuladamente el interior. La puerta estaba pintada en un color marrón sucio, con descascarillados que semejaban continentes en un mapa —golfos y cordilleras, cabos y acantilados cortados a golpe de cortafrío— por los que asomaban las vetas y los nudos de la madera. Había también un cartel, colgado en el interior del cristal con una ventosa, al que le faltaba la O final.

ABIERT

Empujé con suavidad. Para mi sorpresa, la puerta accionaba una campanilla que pendía del marco con un muelle parecido al de la cuerda de un reloj. Emitía un sonido aflautado, penetrante, que con el tiempo me acabaría siendo familiar:

¡TLING!

Lo primero que recuerdo fue una sensación de penumbra, de polvo en suspensión. Ocurre en las casas cerradas, y en las iglesias también: el tiempo detenido, el incierto presente. Y después, a bocajarro, los ojos grises y amables de un hombre mayor, que asomaban inquisitivos por encima de sus gafas de concha. Tiempo más tarde me dijo que la palabra exacta era escrutar. Tenía una mirada escrutadora (significa curiosa, más o menos) y un tono de voz dulce y servicial.

—Buenos días, ¿qué desea?

Estaba subido en una pequeña escalera de madera de tres peldaños, ante una estantería que cubría toda la pared, atestada de cajas, carpetas, viejos archivadores, papeles, legajos y libros que parecían guardar un equilibrio inestable. Daba la impresión de que todo ocupaba un sitio elegido al azar. Un orden casual.

—Disculpe —insistió—, ¿puedo ayudarle en algo?

—¿De verdad vende palabras?

Era, desde luego, una pregunta bastante estúpida. Pero, dadas las circunstancias, fue lo mejor que se me ocurrió.

—Oh sí, claro —respondió bajando con parsimonia los dos escalones que le separaban del suelo—. ¿Buscaba alguna en particular?

A medida que el hombre se acercaba al mostrador

me sorprendió su estatura. Resultaba llamativo pero subido en la escalera, junto a los estantes, se le veía de alguna manera empequeñecido, un tanto enjuto y encorvado. Se trataba de una percepción engañosa. Era prácticamente tan alto como yo, y poseía la agilidad felina de quien está acostumbrado a caminar entre montañas de papeles apenas rozándolos. Tenía un rostro previsible. He estado buscando la palabra apropiada y esa es la mejor manera de expresarlo que se me ocurre: unas facciones que armonizaban a la perfección con su voz, sus movimientos precisos, sus modales ceremoniosos. Nariz prominente, huesuda, cejas pobladas, una calva generosa y el pelo blanco, y un poco arrebolado. Tenía unas manos que parecían sacadas de una ilustración de un libro de anatomía: dedos largos, apenas cubiertos por un pellejo holgado que casi transparentaba las falanges, las articulaciones, las venas... Su aspecto me recordó a los científicos locos de las películas. Uno de esos sabios despistados de Hollywood rodeados de fórmulas inaprensibles y una aureola de polvo de tiza. Vestía una chaqueta amplia de punto, de rombos verdes y marrones, con coderas de cuero, y unos pantalones de tergal de color beis un poco pasados de moda. Las gafas de concha le pendían del cuello sujetas por un cordón, y tenía una mirada profunda como una piscina olímpica.

—En realidad, no —respondí—; me gustaría ver un poco lo que tiene...

—Por supuesto.

Utilizó un tono cortés que no ocultaba cierta suficiencia. Un tono que me recordó el de los *mâîtres* de los restaurantes cuando les dices que si pueden esperar un segundo más a que te decidas entre la coliflor gratinada con berros o la ensalada de *foie* de pato, mientras calculas mentalmente las licencias gastronómicas que te pue-

des permitir. No llegaba a sentirme incómodo, definitivamente no, pero sí un tanto azorado, patoso como un cabo de gastadores en la recepción del emperador.

Seguí con la mirada el amplio gesto con el que movió su mano describiendo un arco de medio punto exagerado y decimonónico que abarcó la tienda en su conjunto.

—Mire cuanto guste...

Por las paredes y el suelo había decenas de cuadros con grabados antiguos. Pruebas caligráficas, letras y abecedarios bordados a punto de cruz y mezcladas, algunas frases enmarcadas, distribuidas arbitrariamente, como todo lo demás. Me fijé en un cuadro a mi derecha. Era una lámina amarillenta del tamaño de un diploma escolar, y también adornada con orlas y entorchados.

**PERSEVERA,
PER SEVERA, PER SE VERA**

—¿Le gusta?

—Es... —tuve que buscar una palabra—, es curioso...

—Curioso, sí. Es latín, un juego de palabras encantador e inocente; significa algo así como: «Persevera en las dificultades por grandes que de verdad sean». O lo que es lo mismo: persevera, persevera, persevera... Era la divisa heráldica de un buen amigo mío, Aurelio, al que hace tiempo que no veo... Partió hacia América...

Por un momento no supe exactamente a qué se refería. Utilizó un tono que me hizo dudar si ese viaje a América era en realidad un viaje o su manera de explicar una ausencia definitiva. A veces ocurre eso con las palabras, que ocultan significados un tanto simbólicos, estrafalarios: el otro barrio, se fue, le llamaron... Así que,

por un elemental sentido de la prudencia, preferí no decir nada. Al lado había otra lámina, también enmarcada, en la que se leía lo siguiente:

NI TABLERO
NI RETABLO
LABERINTO

El hombre de ojos grises continuó hablando desde el mostrador. Parecía un guía de museo. De los que se paran con reverencia frente a un jarrón de bronce de la dinastía Tang mientras alaban con voz profunda su exquisita y esmerada factura. No era del todo así, pero me gusta buscarles comparaciones divertidas a las cosas.

—Eso son variaciones con las mismas letras...

—¿Variaciones? —dije, volviéndome apenas un segundo para mirarle.

—Sí. Como NOTE ABRIL, BATÍ EL RON o NOBLE RITA. Todas ellas contienen exactamente las mismas letras: la L, la A, la B, la E, la R, la I, la N, la T y la O, LABERINTO. Es un juego que llamo «primos lejanos». Se elige una palabra cualquiera, y vemos qué podemos hacer con sus letras. Por ejemplo, si la palabra ADARME se nos cayera al suelo, y se rompiera en mil pedazos, al intentar reconstruirla podríamos formar MADERA.

A la derecha, clavado un poco más abajo, de forma que me obligó a agacharme, había un tercer cuadro, enmarcado de manera un tanto rococó, churrigüeresca: curvas orondas, flores de lis, dorados... No conseguí entender el significado.

SOCORRAM-ME,
SUBI NO ONIBUS EM MARROCOS

—Es portugués —dijo el hombre de ojos grises sin esperar mi pregunta—, otra curiosidad. Esta perteneció a un diplomático que tuvo que abandonar alguna de sus pertenencias cuando le destinaron a otro país.

—¿Qué significa?

—Eso es lo de menos.

El hombre rodeó el mostrador, se acercó hasta donde me encontraba y descolgó el cuadro de la pared. Cuando sopló, del marco salió una considerable cantidad de polvo que estuvo a punto de hacerme estornudar. Hasta entonces, más allá de la primera impresión, no había reparado en el aire que se respiraba en la tienda. Era una suma caótica de olores untuosos y acogedores, casi nutritivos. Aromas de madera vieja, carcoma, papel, pergamino, tinta rancia y loción barata de afeitar. Me recordó el olor indefinible del desván de casa de mis abuelos, en el pueblo, en aquellas incursiones secretas a media tarde, mientras el abuelo se echaba la siesta y la abuela cosía a la puerta, separada del sol homicida por una endeble cortina de tiras multicolores de plástico.

—Obsérvela con atención —continuó el hombre, sacándome vertiginosamente de mis recuerdos.

—«Ayúdenme, subí al ómnibus en Marruecos» —traduje improvisadamente—; eso es lo que pone, ¿no?

—Es solo lo que significa; ya le he dicho que no es importante.

—No le entiendo.

—Estaremos de acuerdo, supongo, en que las palabras sirven para expresar conceptos, sentimientos, sensaciones... Sirven para definir objetos o lugares, ¿no? —asentí sin saber muy bien todavía adónde intentaba llegar—. Decimos *lejos, cerca, campo, silla...* Déjeme ver...

Buscó con los ojos en rededor y fue señalando los objetos que nombraba.